

La generación de mitad del siglo pasado.

Una mirada desde el desencanto.

1. La generación que lo vio cambiar todo.

Hay una generación que nació a mediados de los años cincuenta y que ha atravesado, sin apenas transición, épocas muy distintas. Vinieron al mundo en la España de la dictadura y crecieron en ella. Eran niños cuando el país era pobre, rural y en parte analfabeto. Vieron llegar la televisión, el desarrollo, la emigración a Europa y el turismo. Vivieron la transición, la democracia y la entrada en la Unión Europea. Asistieron al auge económico de los años noventa y dos mil, a la burbuja inmobiliaria y a la crisis de 2008. Y ahora observan un mundo que no reconocen, un mundo que, aunque antes prometía un futuro mejor, augura ahora tiempos decepcionantes para una parte muy importante de la población.

Esta generación no solo es numerosa. Con el cambio demográfico, también ha ganado peso relativo en la pirámide poblacional, además de peso económico. Sus miembros cobran pensiones, ocupan las consultas médicas y votan en mayor proporción.

Son los que recuerdan cómo era el mundo antes y eso les permite comparar. Son los que observan con desazón que el sistema social al que contribuyeron ha precarizado la vida, destruido las certezas con las que han envejecido y dejado a sus hijos y nietos ante un panorama mucho más sombrío que el que ellos heredaron.

Este ensayo no es un lamento por el tiempo perdido. Es una reflexión sobre lo ocurrido, sobre cómo se pudo llegar hasta aquí y sobre qué responsabilidad tenemos todos en este desenlace. Y está escrito con una mezcla de amargura y compasión; amargura por lo que se ha perdido y compasión por quienes lo han perdido sin haberlo elegido. Pero también desde la crítica, porque el sistema que ha producido esta precariedad no es un accidente, es resultado de ambiciones y propósitos no declarados y de un plan diseñado en contra de los intereses de la mayoría.

2. Lo que prometía el progreso.

Cuando esta generación era joven, el progreso era una realidad tangible, no una abstracción. En España, el desarrollismo de los años sesenta trajo carreteras, pantanos, industrias y escuelas. Los padres de estos jóvenes habían vivido la guerra, muchas carencias y la represión. Ellos crecieron con la expectativa de que su vida sería mejor que la de sus padres y la de sus hijos mejor que la suya. Esa era la promesa (el contrato social) del progreso: cada generación viviría mejor que la anterior.

Y durante un tiempo, fue así. El acceso a la educación se generalizó. La sanidad pública se extendió. La vivienda, aunque cara, era accesible. El trabajo, aunque duro, era estable. La jubilación llegaba con una pensión más o menos digna. Los servicios públicos funcionaban. La cultura estaba al alcance. El medio ambiente empezaba a importarle. Había defectos, por supuesto, pero la dirección de la historia parecía avanzar hacia más derechos, igualdad y bienestar.

3. Lo que encontraron.

La crisis de 2008 fue el punto de inflexión. Los bancos fueron rescatados, pero las familias no. El desempleo se disparó. Los desahucios se multiplicaron. La precariedad se instaló en el mercado laboral. Los salarios se estancaron. La vivienda se convirtió en un lujo inalcanzable para la inmensa mayoría de los jóvenes. La sanidad y la educación empezaron a deteriorarse. Los servicios públicos se recortaron. La desigualdad creció. La confianza en las instituciones se desplomó.

Los datos son irrefutables. Entre 2008 y 2024, los ingresos reales de los trabajadores de 18 a 29 años cayeron un 3%, mientras que los mayores de 65 años los incrementaron un 18%. La riqueza mediana de los nacidos en los años ochenta es casi un 50% inferior a la de los nacidos en los años sesenta. En 2002, los menores de 35 años poseían el 7,5% de la riqueza nacional; en 2022, solo el 2%. En contraste, los mayores de 75 años aumentaron su cuota del 8% al 20%.

Las nuevas pensiones de jubilación ya superan el salario medio de los menores de 35 años: 1.760 euros mensuales frente a 1.670 euros. El desempleo juvenil alcanza el 24,5%, frente al 9,5% de los mayores de 25 años. Uno de cada cuatro jóvenes cobra menos de 1.100 euros al mes. El 29,2% de los jóvenes de entre 16 y 34 años está sobrecualificado para el puesto de trabajo que ocupa, una cifra que se dispara al 35% en los menores de 25 años.

La vivienda es, quizás, el símbolo más elocuente de esta brecha. En 2007, los jóvenes representaban el 41% de todas las compras de vivienda en España. En 2025, esa cifra se ha reducido al 22%. El porcentaje de jóvenes propietarios ha caído del 35% en 2023 al 30% en 2025. El 67,1% de las personas de 18 a 34 años vivía con sus padres en 2025. La edad media de emancipación supera los 30 años y la tasa de emancipación juvenil ha caído al 14,5%, un récord histórico.

Esta generación vio, con estupor, cómo el mundo que habían construido se desmoronaba. Vio cómo sus hijos, con estudios universitarios, no encontraban trabajo estable. Vio cómo sus nietos crecían en un mundo más precario que el suyo. Vio cómo la vivienda, que ellos pudieron comprar con un sueldo, se volvía inalcanzable para quienes ganaban lo mismo. Y entonces se preguntaron: ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí?

4. Los ganadores, la otra cara de la moneda.

Pero no todos comparten esta visión. Sería un error presentar a toda una generación como víctima unánime de un sistema injusto. Hay una parte significativa de la población a la que el sistema ha tratado bien. Personas que han visto aumentar su patrimonio, han mantenido su empleo, han podido jubilarse con una pensión digna y se sienten reconocidas y cómodas con el orden establecido. Ignorarlas sería caer en un panfleto, no en un análisis.

Los datos también lo confirman. Un 72% de la población española se declara feliz, un dato que ha subido 11 puntos desde 2011.

Por generaciones, los más felices son los Baby Boomers (74%) y la Generación Z (75%). Los hogares de ingresos altos son 22 puntos más felices que los de bajos ingresos: 85% frente a 63%. Es decir, la felicidad no se distribuye de forma homogénea, pero una mayoría significativa de la población, en todas las generaciones, dice ser feliz.

En cuanto a la percepción económica, el 66% de los españoles piensa que su situación personal es similar o mejor que antes de la pandemia. Seis de cada diez entrevistados llegan a fin de mes con facilidad. Es decir, aunque el malestar es real y está documentado, no es universal. Hay una parte de la población que no solo no ha sufrido el deterioro, sino que se ha beneficiado de él.

Esta constatación es fundamental para que el ensayo no sea equívoco. La brecha generacional no es solo una brecha entre jóvenes y mayores, sino también entre ganadores y perdedores. Y esa brecha afecta a todas las edades. Hay jóvenes que han prosperado y mayores que han visto cómo se deterioraba su nivel de vida. La categoría "generación" es útil para el análisis, pero no agota la complejidad de la realidad.

Los ganadores no son solo los ricos. Son también las clases medias que han conservado su empleo, vivienda y capacidad de ahorro. Son los funcionarios que mantienen su estabilidad o los jubilados que cobran pensiones superiores al salario medio de los jóvenes. Son, en definitiva, aquellos a los que el sistema ha protegido o, al menos, no ha castigado. Y su visión del mundo es radicalmente distinta a la de quienes han visto cómo se les cerraban las puertas.

5. La brecha generacional.

La brecha entre esta generación y las que vinieron después no es solo económica. Es también de expectativas, experiencias y horizontes. Ellos crecieron con la certeza de que el futuro sería mejor. Sus hijos y nietos crecen con la sospecha de que será peor. Ellos pudieron emanciparse, formar una familia y comprar una casa. Sus hijos y nietos no pueden o lo hacen mucho más tarde, con mucho más esfuerzo y con mucho más miedo.

Esta brecha genera una tensión profunda. Los mayores, que en su día lucharon por un mundo mejor, ven ahora que ese mundo se deshace. Y se sienten culpables o impotentes, o ambas cosas. Los jóvenes, que no eligieron este mundo, sienten que les han robado el futuro. Y miran a sus mayores con una mezcla de reproche y compasión. La brecha no es solo de edad, es de expectativas, oportunidades y esperanza.

Los datos sobre la desafección política son elocuentes. Al 38% de los menores de 24 años no les importaría vivir en un régimen "poco democrático" si eso les garantizara una mejor calidad de vida, frente al 22% de los que tienen entre 55 y 64 años. El 68% de los jóvenes declara poca o ninguna satisfacción con el funcionamiento de la democracia. El apoyo al sistema ha pasado de superar el 80% en 2019 a rondar el 60% en la actualidad. No es que los jóvenes odien la democracia, es que desconfían de un sistema que no les ha dado lo que les prometió.

La brecha también es de responsabilidad. Porque esta generación no solo sufrió los cambios, también los permitió. Votó a los partidos que desregularon, privatizaron y recortaron. Aceptó, sin demasiada resistencia, que el mercado mandara sobre la política. Creyó que el crecimiento era infinito, que la vivienda nunca bajaría y que el trabajo siempre estaría ahí. Y cuando el sistema empezó a fallar, no supo o no quiso verlo.

No se trata de culpar a toda una generación, sino de reconocer que todos somos parte del sistema que nos oprime y que todos tenemos alguna responsabilidad en su reproducción. La generación del medio siglo no es la única culpable, pero tampoco es solo una víctima. Es, como todas, cómplice y rehén a la vez.

6. ¿Qué ha ocurrido? La crítica al sistema.

La pregunta que se hace esta generación (¿qué ha ocurrido?) tiene una respuesta incómoda. No ha ocurrido nada accidental. Ha ocurrido algo diseñado. El sistema que prometió progreso ha sido sustituido por otro que promete beneficio. Y ese nuevo sistema no tiene interés en el bienestar de la mayoría, sino en la acumulación de unos pocos.

El neoliberalismo, que comenzó a imponerse en los años ochenta, transformó las reglas del juego. La desregulación financiera, la privatización de los servicios públicos, la flexibilización del mercado laboral, la reducción de impuestos a los ricos, la contención del gasto social, todo eso no fue un accidente, fue una estrategia. Una estrategia para transferir riqueza de la mayoría a una minoría, para dismantelar el Estado del bienestar y precarizar la vida de la gente.

La generación del medio siglo no vio venir esa estrategia. O no la entendió. O no quiso verla. Creyó que el progreso era inevitable, que el sistema se corregiría por sí solo, que los políticos eran honestos y que los medios vigilaban e informaban. Y cuando quiso reaccionar, el sistema ya estaba capturado. Los partidos, los medios, las instituciones, todo estaba al servicio de los mismos intereses.

Hoy, esa generación contempla el resultado. Una sociedad más desigual, precaria, ansiosa y sola. Una sociedad que ha perdido la fe en el futuro, que ha dejado de creer en el progreso y que ha aceptado la precariedad como normal. Y se pregunta, con amargura, cómo hemos podido llegar hasta aquí. La respuesta, aunque incómoda, es clara: porque lo permitimos. Porque no supimos ver o no quisimos ver que el sistema no estaba de nuestro lado. Porque confiamos en quienes nos prometían un futuro que nunca pensaban alcanzar.

7. El balance.

Al final del camino, la generación nacida a mitad del siglo pasado hace balance y el balance es agri dulce. Por un lado, ha vivido cosas extraordinarias como la transición a la democracia, la modernización del país y la integración en Europa, avances sociales que sus padres no podían imaginar. Y por otro lado, ha visto cómo ese mundo se deshacía, cómo las conquistas se revertían y cómo el futuro se cerraba para sus hijos y nietos.

No es una generación derrotada, es una generación desencantada. Creyó en una promesa que no se cumplió. Luchó por un mundo mejor que se ha ido deteriorando. Y ahora, en la última etapa de su existencia contempla el resultado con una mezcla de tristeza y lucidez.

Sabe que no hay vuelta atrás, que el mundo que conoció no volverá. Pero también sabe que aún queda algo por hacer, contar lo que pasó para que las generaciones futuras no repitan los mismos errores. Y quizás, solo quizás, para que alguien, en algún momento, vuelva a creer en el progreso. No como una promesa incumplida, sino como un proyecto colectivo que merezca la pena, que no deje a nadie atrás. Un proyecto, en definitiva, que vuelva a poner la vida en el centro.